

TODO ESO

POR

FRANCISCO URONDO

Mucho antes de todo eso que la adolescencia suele desencadenar, como la timidez, el resentimiento, la codicia, el deseo, el onanismo, las ganas de ser libre, de tener ya cumplidos los proyectos y los sueños; el terror a la homosexualidad y al fracaso, el deseo de poder y la comodidad del sometimiento; el rencor, la rabia, las culpas y el amor jugando definitivamente en cada antiguo niño, actualmente hombre, es decir, ex niño miserable, aterrorizado y entrampado por el futuro, enredado en su memoria.

Fue mucho antes, cuando era en realidad un niño. Hacía muy poco que me enseñaban a leer y aquella palabra «Lola», que pude dibujar sobre un cuaderno, quería decir eso, nada más; como escribir «sal», que significa simplemente «sal» y no otras cosas, una locura del lenguaje que empieza a acechar después, en cada palabra, cuando ella es una apariencia que se acerca o se aleja del sentido o del deseo que uno quiere expresar; entonces no. Lola era una criada que vivía en la casa y no era otra cosa y había una palabra que permitía conocer cómo se llamaba: era nombrar a esa mujer. Después descubrí que en realidad no estaba enamorado, sino que la deseaba. Pero entonces «Lola», no era también el deseo o el amor, sino algo menos, o tal vez más neto; menos impreciso, menos vasto.

Se pusieron contentos el día que escribí esa primera palabra, que di mi primer paso hacia la civilización. Sobre todo, ella debió quererme un poco más a partir de ese día, y desde entonces coleccionaría hasta su muerte, durante más de veinte años, todo lo que iría escribiendo. Era algo así como una madre para mí, como se suele decir, pero durante años me molestó su solidez: mucho tiempo tuvo que pasar para que me diera cuenta de que la admiraba. Era hermana de mi madre y no hace mucho que ha muerto dejándome abiertamente desolado; dentro de poco seré un viejo y, no obstante, al enterarme de su

muerte, quedé como pude haber quedado entonces, cuando era un chico todavía, cuando era necesario aprender a escribir, y ella, y no otra, fuera la única que pudiera enseñarme.

Hablar así de la muerte y de los vacíos que la muerte ocasiona, me resulta difícil; esto me hace pensar en que tal vez sea un sentimental vergonzante, o que por pudor no puedo soportar las frases hechas al respecto, o que quiera disimular mis emociones, o que la invente para dar lástima, o para llamar la atención; por eso quizá sea mejor hablar de otra cosa, más que de esa madre lateral y eficiente que me enseñó a escribir; o de Lola, o de aquella primera palabra que la nombró.

En la casa había muchos gatos por ese entonces y me dijeron que los Reyes Magos no existían; esa noticia me hizo llorar; no porque me importara mucho Melchor, o Gaspar, o el otro; no me resignaba a admitir que me hubiesen engañado de una manera tan simple. Esa tarde, estuve durante horas subido a un árbol como protesta, pero nadie lo advirtió; después de que pasara mucho tiempo, se asomó una vecina, me vio y comenzó a implorar que bajara; yo estaba muy alto y me indignaba que sólo en una desconocida tuviera resonancia mi rebeldía; por eso me tiré desde lo alto del árbol sobre ella y la desmayé. Esa tarde jugué a que me ahorcaban y, sin quererlo, me abrí un hilo de sangre alrededor del cuello. «Se ha degollado», gritó mi padre, y me asusté mucho y me sentí muerto de verdad; pero no era eso: estaba solo.

Solo, jugaba con los gatos y los soldados de plomo y las ratas del granero; solo, me disfrazaba con esas enormes espadas—más altas que yo—que mi padre había colgado en una panoplia forrada en terciopelo azul; solo, jugaba con mi perro, que luego mi padre regalaría.

Solo estuve siempre, por lo visto; lo más lejano que recuerdo fue el día en que murió mi abuelo y buscaron un irrigador para darle al pobre la última enema; después que lo enterraron, todos los hombres y todas las viudas de mi abuelo se sentaron alrededor de la mesa, y yo me escurrí entre las patas y las piernas y, como tampoco nadie se interesó por esa incursión que hacía debajo de la mesa, mordí una

pantorrilla de alguien que resultó ser un tío. Arriba de la polaina, sobre la media, hincó los dientes y sentí en seguida el grito de dolor y pensé que mi abuelo había resucitado.

Pero mi abuelo estaba muerto del todo y merecerían un párrafo especial su buen apetito, su ascetismo frente al vino, su amor por las mujeres y el tabaco. Fue gerente de un casino tan grande como el de Montecarlo y empresario de una compañía de zarzuela; tenía en su rostro delgado la cicatriz que le había dejado un colmillo de jabalí, al que supo enfrentar con un cuchillo y unos cuantos cerros de los Pirineos como escenario; tal vez los mismos que inspiraron a Margarita de Angulema, la infanta virgen y perendeca de Navarra. Sé que un hijo suyo, un tío mío por tanto, intentó robarle una mujer, una buscona de casino, meretriz de fichas baratas, chorra de salón, quedadora de vueltos, aunque ambiciosa y con pretensiones, por lo visto; después de esta contingencia no levantó cabeza, y en el término de una semana se quedó rengo a causa de esas putas que lo rodeaban; insatisfecha con el daño que le estaba haciendo al coquetear con su propio hijo, ella intentó matarlo atropellándolo con su automóvil. Mi abuelo se había detenido frente a una vidriera de Gath & Chaves, atraído por unos guantes de antílope y, en eso, la vio venir hacia él, en su Lancio convertible, a toda velocidad, reflejada en la vidriera del negocio. Alcanzó a huir, pero una pierna, la izquierda creo, quedó prisionera entre el radiador abollado y la vidriera deshecha. Y quedó rengo de esa pierna y, en realidad, tuvo suerte, pues pudo ocurrirle algo bastante peor, como morir. En el término de un mes se comió una cabeza de chanco, que le resultó un poco indigesta, concurrió a las bodas de su hijo mayor, es decir, mi padre, y se trenzó a balazos por Lenzina, cerca del canal de Guaymallén y nuevamente lo hirieron, pero esta vez de gravedad; durante seis meses estuvo en coma, con un cargador completo en la desembocadura del duodeno, y cuatro años después moriría víctima de catarro y me obligaría a que lo hiciera resucitar merced a un mordisco en la pantorrilla de un tío que ni siquiera era uno de sus hijos: mi padre o aquel que le había quitado una mujer.

Allí, en ese pueblo de la provincia de Buenos Aires, donde solíamos pasar los veranos y donde trepé a un árbol, desmayé una vieja, intenté suicidarme y aprendí a escribir el increíble nombre de una mujer, tuve mis amigos. Siempre estaba en la puerta, sentado y solo, como

esperando a alguien que en realidad no sabía bien quién era; de todas formas me enteraba de las cosas que ocurrían por el barrio de ese pueblo y de esa muerte que me desconcertó: no sabía quién era la persona, pero había nacido en la ciudad de Posadas y era joven y mujer, y ahora vivía por allí no más en una de esas casas y no pudo tener el chico, porque justamente se murió. Me enteré de esto escuchando una conversación entre dos vecinas: una de las dos mujeres, no la que contaba los hechos, sino la que se enteraba, comentó que ella ya estaba maliciando que iba a morir porque la desdichada hacía dos o tres tardes se había asomado a la puerta y «suspiró grande y miró lejos». Me enteraba de todo esto en el umbral de esa puerta, y fue un día en que el almacenero que atendía nuestros pedidos me dijo si quería acompañarlo a que juntos hiciéramos el reparto en su carro, cuando tuve mi primer amigo.

Durante toda esa mañana anduvimos con su «jardinera», y cuando volví por la tarde me di cuenta de que nadie había notado mi ausencia. Sólo una tía, que era casi una hermana mayor, ya que parecía muy joven y ni siquiera sabía hablar bien como nosotros y era buena y poco exigente. En realidad, la pobre era mogólica de nacimiento y, a duras penas, se movía por este mundo. Se llamaba Estela, y hubo una sobrina suya que nació con los dedos unidos por una membrana, como un pato. Y estas historias me horrorizaban al principio, pero terminarían por divertirme.

El padre de esa hija palmípeda, especie de centauro hembra del aire, semidiosa silvestre de los bañados, fue quien nos llevaría a «El Hinojo». Era enemigo del caudillo Manuel A. Fresco y esa desavenencia supo traerle más de un dolor de cabeza, según me contaron. Era primo de mi madre y, más de una vez, lo sacaron de un comicio con el máuser al pecho, o le cruzaron un alambre a la altura del cuello, en el puente que él, indefectiblemente, debía cruzar cuando regresaba a su casa. Tenía una voiturette descubierta y esto permitía que su carótida coincidiera con el alambre tenso, pero nunca llegó a ocurrir. Se decía que Lola era hija suya, pero nunca se pudo comprobar, y ninguno de nosotros se atrevió a desearla en voz alta, por las dudas que fuera hermana o prima de alguno.

Unos años después, Lola, la misma Lola de la primera palabra, una Lola envejecida, me contaría con una capciosa minuciosidad cómo había dejado de ser una mujer virgen y cómo «había perdido tanta

sangre». Tuve asco y ese relato me impidió acostarme por primera vez con una mujer. Me la había procurado la misma Lola; era una especie de salvaje limpia y fresca, bella y dura, como un árbol, nueva como un junco, como un chañar en el verano, como cualquier hoja cercana al agua, como una fruta de camalote, como un pato; tenía dieciséis años, y tanto me dolió no poder conocer en ella los secretos-del-amor, aprenderlos, que enfermé gravemente; todavía suelo enfermarme por aquella carencia. Supe luego que había cedido su virginidad a otro, y sé que, como Lola, perdió también en esa oportunidad abundante sangre, pero ya era distinto y no me importaba y fue mucho después de todo esto.

En aquel pueblo de la provincia de Buenos Aires conocí a mis primos. Eran hijos de un tío mío, no el que le había sacado una mujer a mi abuelo, sino el caudillo, primo de mi madre, enemigo de Fresco. Sabía que era más inteligente que esos primos, pero también sabía que era menos hábil para manejar motores y también que era más pobre; mi padre era universitario y no estanciero; pertenecía sin duda a la clase dirigente, pero no tanto. Estaba en la alta burguesía, pero no del todo, un poco menos, ni aristócrata ni comerciante, ni empleado: nada. Esto me hacía sentir extraño con mis primos y seguramente traté de imitarlos, y todo me hizo sentir bastante mal y me dio rabia, y luego procuré despreciarlos y entonces me sentí culpable. Sobre todo, ganaría una inseguridad absoluta que para ese entonces sólo se manifestaría en un sabor desagradable, y luego en la certidumbre de que era un advenedizo, un impostor.

Habían pasado los carnavales y pude ver los gauchos de verdad, de Güiraldes, de antes; ese gaucho arrogante, pero gaucho; ese hombre admirable, pero útil; con todos sus aperos, su dignidad, su lealtad de viejo y fiel mucamo, paseando su gracia sombría y aburrida, llenando de polvo la calle del Corso. El carro de mi amigo el almacenero iba atestado de mascaritas, pero no me dejaron acompañarlo esta vez: aprendí a no cometer más la torpeza de consultar algunas cosas.

En plena algarabía, mi madre me llevó aparte para explicarme que tuvo una tía tan hermosa como Aurelia, esa prima suya y tía mía, consecuentemente, que andaba por allí jugando con las serpentinatas; una y otra tía eran bellas y ambas morirían en poco tiempo: a una